



José Miguel Varas

Un libro bellamente editado en Temuco, *Agua de mil colores*, de Ena Ristort, me ha hecho recordar largamente a dos personas excepcionales: mi amigo Armando Molina, El Gato, y su madre, Marcela Cadot. A ellos agreguemos la autora del libro.

El Gato vivía solo en un caserío de varios patios, situado en la esquina de Compañía con Herrera, en el oeste de Santiago. (Existe todavía, algo más ruinoso que antes. Un letrero a la entrada anuncia claves de guitarra). Mi casa estaba a menos de 40 metros de allí. Saber que mi compañero en el primer año de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile vivía tan cerca fue una espeluznada sorpresa para mí. Ya éramos amigos, desde entonces lo fuimos mucho más.

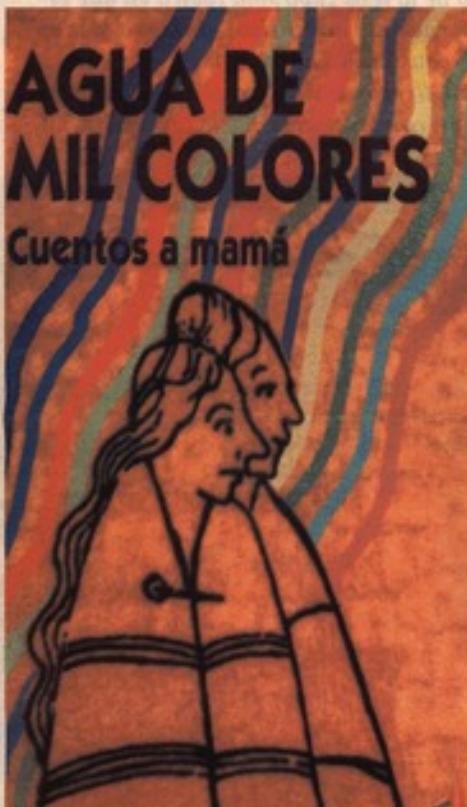
Debo al Gato Molina mi primer contacto con un escritor francés, Jean Giono, que me impresionó poderosamente. Encontré en su casa, en un gran estante atestado, que chorreaba papeles y libros por los bordes de sus puertas con cristales y desde su parte superior, una gorda revista española de gran formato, sin tapas. En ella aparecía, entre otros textos, la novela *Cofina de Giono*, que lei en un estado de desdoblamiento.

También le debo algo que se podría definir como el redescubrimiento de España. Me fascinó el Gato con copias andaluzas, sorprendentes por su penetrante poesía y su lenguaje popular, tan cercano al habla campesina chilena.

Cantaba dichas coplas y numerosas canciones españolas. No se puede decir que tuviera oído musical, ni mucho menos, pero me contagió su adicción al cante jondo. Solíamos tratar este y otros temas en largas tertulias, acompañadas de tazas de té para, en un salón polvoriento, donde había vitrinas con biberones y una notable cantidad de sillas doradas Luis XV, con tapices de seda y delgadísimas patas, sobre las cuales nos dejábamos caer con total desaprensión. Resistían.

Continuábamos el análisis del

# El Gato, su hermana y su mamá



mos fanáticos militantes del Partido Socialista".

Entusiasmado por el contacto con aquellos republicanos devorados, que cantaban como triunfadores, y por los relatos del abuelo, se las empeñó a dar de tovere, utilizando como capa una cortina de la casa. Empezó por pedirle a su hermana Ena que representara al toro y lo correra. Luego se envalentonó y se fue a los potreros a torrear a los terneros y la cosa terminó cuando se enfrentó con un toro de verdad que lo hizo salir huyendo y, al hacerlo, romper las cortinas y sus pantalones.

A la señora Marcela Cadot, la madre del Gato y Ena, la conocí en 1949, cuando fui a pasar las vacaciones de invierno en la casa del padastro de Armando, Juan Ristort, en Los Ángeles. Al llegar, me enteré que mi amiga se había ido a no sé dónde y, por cierto, había olvidado comunicar mi llegada. Fue tal mi desconcierto, que me enfermé inmediatamente de gripe, con fie-

*Canción Desesperada*, de los Veinte Poemas de Amor, mientras ella con mucha interés lo escuchaba y al final, la Marcelita le dijo que iba a ser el mejor poeta en español, siempre que se muriera Romeo Murgo. Y Neftali le preguntó si Romeo se moriría y ella le dijo que sí.

Cuando Marcela Cadot enfermó gravemente en Temuco pidió a su hija Ena que siguiera escribiendo y terminara algunos relatos, empezados y olvidados años atrás.

"Yo me extrañé bastante porque en general sentía que ella valoraba muy poco mis acciones y mis escritos. De todas maneras, esa noche retomó el cuento *La primera bispaola*, empezando hacia bastante tiempo, y lo terminó (si es que uno alguna vez termina un cuento). A la mañana siguiente, Luisa, una joven que vive con nosotros hace años, le leyó el cuento a mamá. Yo permanecí al lado de la enferma, con su mano diminuta entre mis manos, mientras mi amiga leía en voz alta. Ella leía muy bien y al escucharla, el relato me pareció mejor de lo que yo creía".

Al día siguiente, Marcelita le pidió otro cuento. Y así, durante las noches de abril, mayo, junio y julio de 1996, Ena Ristort escribió la mayor parte de los que componen su libro *Agua de mil colores*.

Es magnífico. Las narraciones de esta escritora que todavía no quiere reconocerse como tal, comunican una sensación de frescura, sugieren la espontaneidad del lenguaje hablado y transmiten un sentido del humor y una cierta visión calida del mundo, que en vez de ser ingenua, sugiere la rica experiencia de alguien que está de vuelta de casi todo.

El 11 de septiembre de 1973, desde el hospital donde vivía los últimos dolores de un cáncer terminal, mi amigo El Gato logró llamar por teléfono a su hermana. Le pidió que lo acompañara a la Moneda, para defender al Presidente Allende. Ella le dijo que no podía salir de la casa. El replicó firmemente: "Compañera, usted debe cumplir con su gobierno, salga como pueda y nos vemos en el centro". Luego, Armando Molina, esquelético y exhausto como estaba, se levantó

bre, anigdalitas y fuertes. De manera que pasó aquellos días en cama, bebiendo inolvidables tisanas de té. En ese período fui cuidado y hasta regañado por Marcela, una mujer delgada y de peque-

## El gato, su hermana y su mamá [artículo] José Miguel varas.

**AUTORÍA**

Varas, José Miguel, 1928-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1998

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El gato, su hermana y su mamá [artículo] José Miguel varas. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)